



PÁGINA TERESIANA.

Conversión de una Agonizante

LA SEÑORA Angélica Monti, de Palermo, Sicilia, relata la milagrosa conversión de una joven agonizante, obrada por intercesión de Santa Teresita de Lisieux, siendo dicho relato firmado por unos cuantos sacerdotes, quienes conocían a la enferma, y quienes estuvieron junto a su lecho de muerte.

Habiéndome enterado, dice la Señora Monti, de que cierta joven recién casada, había enfermado gravemente y que se negaba a confesarse, decidí hacerle una visita, no sin antes encomendarla a Santa Teresita del Niño Jesús. María Rozetta, como se llamaba la joven enferma, no contaba mas que veinticuatro años de edad, estando casada con un tal Signor Amoroso a quien amaba con ternura; y al ver que la muerte iba tan tempranamente a dar fin a su dicha, desesperóse la joven esposa y negóse a morir cristianamente;

ni las lágrimas de su esposo, ni las palabras consoladoras de sus amigas lograban ablandarle el corazón.

Cuando fuí a verla, me encontré con varios sacerdotes, uno de ellos era tío de la enferma, quienes habían acudido a su lado en la esperanza de conseguir que se confesara antes de morir. Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues María no quería ni oír mencionar la confesión, poniéndose muy seria cuando la hablaban de ello. Viendo yo las disposiciones de la enferma, me entristecí hondamente, y desesperanzada y convencida de que nada lograría, iba a retirarme, cuando la enferma me miró, se sonrió, y me dijo con voz débil:—¿Cuándo volverá usted? —Renacieron de nuevo mis esperanzas, y aproximándome a su lecho, la dije cariñosamente: —Mañana. Pero, ¿no querría usted confesarse?—y acto

seguido la mostré una estampa de la Santita. —Mírela, la dije: ¡Qué hermosa es! También tenía ella veinticuatro años de edad cuando rindió su alma al Creador. ¡Pero qué diferencia entre ella y usted! Teresa del Niño Jesús murió santamente, fortalecida con los auxilios de nuestra religión, mientras que usted rechaza la gracia divina. —Vi un nuevo fulgor brillar en los ojos de la enferma, y viendo que me escuchaba atentamente,

proseguí con mayor confianza: —¿Quiere usted imitarla? ¿No desearía usted confesarse?—Sí, sí, me confesaré!—balbuceó al fin la enferma. Y acto seguido, y sin pérdida de tiempo fui yo en busca de un padre. En cuanto llegó el sacerdote confesóse la enferma, dando vivas muestras de su sincero arrepentimiento. A la tarde se le dió el Viático y Extremaunción, y poco después expiró, serena y resignada.

Una Curación Milagrosa

También la señora Leontine Jaunault relata otro prodigioso milagro obrado por esta misma Santita, en la persona de su hija Adolfiná. Cuenta la Señora Jaunault lo siguiente:

Contaba mi hija Adolfiná diez años de edad, cuando le salió un absceso de carácter maligno en la cadera. La llevé al médico, quien mandó que se le aplicaran captasmas en el absceso cada dos horas. Por espacio de un mes seguí la prescripción, pero al término de este tiempo vi que el absceso no se iba, y en vez de sanar le salieron otros nuevos en ambas piernas y en una rodilla. Tenía la pobrecita Adolfiná una pierna completamente encogida por causa de los abscesos, y era tan triste el aspecto que presentaba, que todos quantos la veían decían que era casi imposible que la infeliz niña volviese a andar.

La pequeñuela tenía gran devoción a Santa Teresita del Niño

Jesús, y la invocaba con grandísima devoción, suplicándola le curara; y a la par pedía la gracia de poder hacer su Primera Comunión junto con sus demás compañeras, con quien Adolfiná se había estado preparando para hacerla, antes de su enfermedad. Algunas de sus amigas prometieronla que harían una novena a la Santita para obtener su curación. Algunos días después se le apareció la Santa a Adolfiná, como ésta misma dice, “vestida de blanco y cogiendo un crucifijo cubierto de flores.” Y después de este extraño incidente, la pequeña inválida fué mejorando rápidamente, logrando muy pronto realizar su ardiente deseo de hacer su Primera Comunión junto con sus compañeras. Aquel mismo día, Adolfiná asistió a la procesión que se paseó por todas las calles del pueblo, no habiendo sentido ningún dolor ni cansancio en las piernas. Desde entonces goza de muy buena sa-

lud, y profesa un tiernísimo afecto a la Santa Carmelita.

Y para afirmar la verdad del hecho, firman el relato misma Adolfina, sus padres y el cura párroco del pueblo.



El amor de Nuestro Señor révelase lo mismo en el alma más sencilla, que no opone ningún obstáculo a su gracia, como en la más sublime. En efecto: propio del amor es humillarse; si todas las almas se asemejasen a las de los Santos Doctores que iluminaron la Iglesia, parece que Dios no descendería bastante llegándose a ellas. Pero ha creado también al niño desvalido, que no sabe sino gemir debilmente; ha creado al

pobre salvaje, sin más brújula para gobernarse que la ley natural, y hasta esos corazones se digna bajar.

—††—

*El amor puede suplir una larga vida. Jesús no mira el tiempo, puesto que es eterno. Sólo an-
tiende al amor.*

—††—

La caridad se muestra siempre en el exterior cuando está profundamente arraigada en el corazón.

—††—

Si, lo siento cuando soy caritativa, Jesús es quien sólo obra en mi; cuanto más unida estoy a El, mayor es el amor que tengo a mis hermanas.

SANTA TERESITA.



A La Santísima Virgen

*Quando la aurora con sus haces de oro
Y sus tintes de rosa y de zafir
Asume por oriente ¡Virgen Madre!
¡Acuérdate de mi!*

*Quando se oculte el sol tras la montaña
Y aparezca la luna en el cenit!
Con su plateada faz ¡Madre del alma!
¡Acuérdate de mi!*

*Quando el fúnebre son de la campana
De mi agonía anuncie ya su fin
En tan postrer momento ¡Madre querida!
¡Acuérdate de mi!*

*Y ya la aurora asome por oriente
O la luna aparezca por el cenit
O suene la campana en mi agonía
¡Acuérdate de mi!*